



El tiburón en la bañera

Machado, David

El tiburón en la bañera / David Machado ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Linzuain ; ilustrado por Paulo Galindro. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2020.

40 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre roja)

Traducción de: Juan Manuel Arias.

ISBN 978-987-545-882-6

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain, Laura, ed. III. Galindro, Paulo, ilus. IV. Arias, Juan Manuel, trad. V. Título.

CDD A863.9282

Título original en portugués: *O Tubarão na Banheira*

© Del texto, David Machado, 2009

© Editorial Norma, 2017

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: marzo de 2017

Segunda edición: marzo de 2020

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Laura Linzuain

Traducción: Juan Manuel Arias

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61092415

ISBN: 978-987-545-882-6



El tiburón en la bañera

David Machado

Traducción

Juan Manuel Arias

Ilustraciones

Paulo Galindro

 Norma

www.edicionesnorma.com/argentina

*Dedico este hijo hecho de tinta y de papel
a Natalina, a mis hijos Miguel y João (el genio
detrás de las ilustraciones del final del libro...
espero algún día aprender a dibujar como él)
y a una estrellita llamada Ruth (1994-2008).*

Paulo Galindo



Al contrario de lo que podría pensarse, la historia del tiburón no comenzó la mañana en que lo pescamos. Comenzó varios días antes, cuando mi abuelo entró en la sala, caminó hasta la poltrona y se sentó como si fuera un rey que se tumbaba sobre el trono. Yo estaba del otro lado de la sala, copiando palabras difíciles del diccionario en mi Cuaderno de Palabras Difíciles, y oí perfectamente el ruido de los anteojos que se partían debajo de su trasero. Él también lo oyó. Se levantó de inmediato, miró hacia abajo y vio los anteojos todos retorcidos y los lentes hechos pedacitos. Lo extraño era que no

hubiera sucedido antes: él dejaba los anteojos por todas partes.

Busqué en mi Cuaderno de Palabras Difíciles aquella que mejor describía la cara de mi abuelo en aquel momento: **PERPLEJO**. Entretanto, justo después, me miró y su expresión cambió a: **RESPLANDECIENTE**.

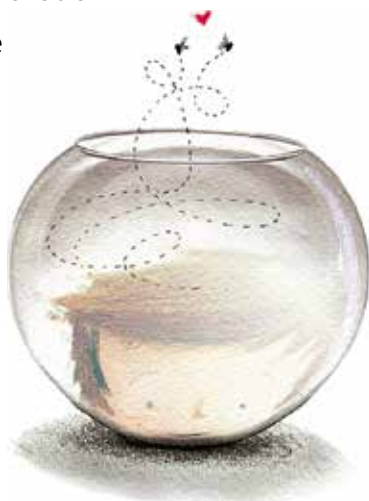
—No hay problema —me explicó—. Tengo otro par en algún lado de la casa.

El verdadero problema era que él no veía nada sin los anteojos y me necesitaba para ayudar a buscarlos sin golpearse contra las paredes y sin tropezarse con los muebles. El otro problema fue que buscamos por la casa y no encontramos ningún par de anteojos de repuesto.

Cuando revisamos el sótano de arriba abajo, encontré una pecera vacía. Limpié con la manga la capa dura de polvo castaño que cubría el vidrio y vi en él mi cara reflejada. Yo estaba, según mi Cuaderno de Palabras Difíciles, **DESLUMBRADO**.

Mi abuelo también intentó ver el reflejo de su cara en el vidrio de la pecera, aunque, sin

los anteojos, todo lo que sus ojos encontraron fue una mancha de colores ondulantes, sin formas definidas. Incluso así, me miró con una cara que parecía querer preguntar: “Y ahora, ¿qué vas a hacer con la pecera?”. En mi cuaderno, la palabra para su expresión era: **INQUISITIVA**. Yo me encogí de hombros, porque la única cosa que se podía hacer era llenarla de agua y poner un pez a nadar dentro.



Solo que yo no tenía un pez.

Debí haber puesto una cara de “quien no tiene un pez”, pues mi abuelo dijo:

—No importa, vamos mañana los dos a pescar un pez para tu pecera.

Al día siguiente fuimos hasta la playa. Tuvimos que tomar un taxi, porque sin los anteojos



mi abuelo no era capaz de conducir.

Pienso que podría haber comprado unos anteojos nuevos, pero él insistía en que no valía la pena gastar dinero si ya tenía unos en buen estado. Solo que no sabía dónde estaban.

En la playa, lanzamos los anzuelos al mar y nos quedamos sentados en silencio absoluto, esperando sentir un tirón en las cuerdas. Cerca de media hora más tarde, mi caña tembló. Mi abuelo se había adormecido en la arena,



por eso tuve que luchar solo contra el pez que se encontraba del otro lado de la cuerda.

Finalmente apareció en la superficie, chapoteando entre la espuma de las olas de la orilla: se trataba de un pececillo de escamas



azules y verdes, que desde la boca hasta las aletas no medía más de diez centímetros, con una expresión en sus ojos rojos de mármol que yo descifré con una palabra de mi cuaderno: **ASOMBRO**. Decidí inmediatamente darle un nombre. El nombre que le di fue este: Osvaldo.

